

## DESFILE DE MODELOS

José López Falcón

Hoy me autoinvité a un desfile de modelos. El lugar, el parque cerca de casa. Era la caída de la tarde de un día de primavera, un radiante día de primavera en Sevilla. La temperatura rondaba los 25 grados. En realidad, cada tarde, en esta época, hay un desfile de éstos.

Cogí papel y lápiz y me dirigí al encuentro del espectáculo. Me acomodé en un banco de madera al lado de la pasarela. Estaba listo para contemplar lo que por allí iba a pasar.

No tardó ni un minuto en empezar la función. Allá lejos viene el primero. Vaya, éste no tiene prisa por desfilarse. En realidad este desfile no le corresponde. Es más: él se ve desfilando pero no quiere desfilarse. No estaba invitado a este festín. Se ha colado de rondón. Su indumentaria hace pensar que no le gusta desfilarse. No le interesa desfilarse. Él prefiere el sillón, la silla, la tranquilidad. Tanta actividad no le motiva en absoluto. Llegando más allá, incluso se burla de los demás que desfilan. Afortunadamente tipos como éstos no van a abundar en este desfile. Su atuendo lo distingue de los demás. Este desfile es deportivo, pero él no luce ropa deportiva. La tiene, sí, y se la pone de vez en cuando, quizás para hacerse la ilusión de que es uno de ellos, uno de aquellos con los que se cruza por el parque. ¿Qué hace este tío en el parque? Le pilló de paso para ir no sé dónde. Ni mucho menos quiere que lo tomen por uno de estos deportistas que absurdamente pasan a su lado andando rápido o incluso corriendo. Pero muy, muy en el fondo, los envidia.

A poca distancia viene el segundo de los modelos de hoy. Esto ya es otra cosa. Vaya, parece que no viene solo. En efecto, es un trío, en este caso de señoras (o señoritas). Más atrás viene un dúo de caballeros, hombres maduros pero de buen ver. Unas y otros marcan un buen paso, el braceo es amplio. Acompasan sus comentarios al ritmo vivo que marcan sus piernas. Las muñecas de Famosa se dirigen al portal. Éstas vienen charlando de no sé qué pastel que le sale riquísimo a una de ellas, de no sé qué familiar al que le dieron de alta ayer en el hospital, dice la otra, de no sé qué actor de una película que echaron ayer, comenta la tercera... Ellos, al pasar, parece que hablan de lo bien que le va "ar Beti", que si el Sevilla va de cráneo con el nuevo entrenador... Éstas y aquellos sí vienen vestidos acordes con el escenario. Sus botines y su chándal, comprados donde lo compra últimamente todo el mundo.

Un instante después, a unos metros, la cosa se pone seria. Éste ya no viene en chándal. Se compró unas mallas cortas y una camiseta, se fue a por los botines que le aconsejó el vendedor y aquí le tenemos, perfectamente equipado con su reloj- cronómetro y dispuesto a quemar kilómetros. Viene jadeando porque, éste sí, viene corriendo. Los modelos anteriores se desplazaban andando, pero éste no, éste ha dado el salto. Le pone esto de correr. Quiere perder esos kilitos que le sobran. Tiene previsto incluso a medio plazo participar en esa carrera que tanta gente corre dentro de...seis meses. Pero quiere ir bien preparado. Para eso se pone en marcha desde ya, que después todo son prisas. Se propuso hoy, sobre la marcha, llegar a una hora corriendo sin parar. Aunque se le salga el hígado por la boca, va a hacer su horita. Después su duchita y el tío como nuevo. Eso sí, mañana le toca levantarse con tres kilos de agujetas encima. Al pasar por delante mía me mira con sorna. No se puede creer que aún haya gente como yo que no se haya dado cuenta de lo bueno que es correr *pal* cuerpo.

Nuestro tercer modelo ya pasó. Se aleja no ya sin cierta torpeza de movimientos, después de diez minutos corriendo, cuando aún le quedan cincuenta para terminar ese entrenamiento que decidió sobre la marcha. Este tercer modelo empieza a ponerse excusas: qué calor, me está empezando a doler un poco lo que es el interior de la rodilla, ¿y si en vez de una hora me quedo en media? Decide cortar por lo sano y volverse a casa. Lo veo coger la puerta de salida del parque. Va pensando lo que dirá a sus amigos. Sí, les dirá que sí, que hizo la hora, que se sintió muy bien. Que el cuerpo le pedía seguir pero que él controla y sabe cuándo hay que parar. Que estaba cansado (¡quién no lo está después de una paliza de una hora!) y que se fue flechado a la ducha, con muy buenas sensaciones... Una mentirijilla piadosa que no hace daño a nadie. Se toma como una obligación

casi volver a salir al cabo de un par de días, a lo mejor tres. Lo de participar en la carrera lo tiene aún en mente. Aunque en el fondo sabe que si se apunta quizás no vaya, ya buscará alguna excusa. Y si va y no acaba, siempre habrá otra excusa. Ya se le ocurrirá alguna. Más le vale ir pensándola desde ya.

Vuelvo la vista al escenario y veo acercarse al último modelo. Esto es otra cosa. Dónde va a parar. Este modelo no anda como los dos primeros, ni corre, como nuestro amigo el de las excusas. Éste tío vuela, corre que se las pela. Desliza su esbelta figura por el escenario. A lo lejos se acerca. Lo veo adelantar a otros modelos que tenían previsto desfilan antes pero que se ven superados por la majestuosidad de su zancada. Incluso está a punto de chocar con otros modelos que circulaban en sentido contrario. Éste sí que parece un corredor. Equipación de marca (eso sí, con la publicidad de no sé qué media maratón de no sé dónde), botines de los que cuestan un riñón y parte del otro. En la muñeca, algo diferente. No se conforma con el Casio cronómetro y hace tiempo que perdió la fe en los pulsómetros. Éste es un tío de los modernos de verdad en esto de correr. Sí señor. Su muñeca luce uno de esos relojes que se diseñan sólo para corredores, que se conecta al ordenador y que te dice hasta el número de tu DNI. Aquí se acerca un corredor con todas las letras. Parece no hacer esfuerzo alguno y sin embargo pasa como un obús por delante mía.

Y se acabó el desfile por hoy. En realidad la gente sigue desfilando. La tarde invita a ello. Ven a este mismo banco en invierno y la cosa cambia. Pero en primavera, con este solecito, ¿quién se resiste a ponerse a hacer deporte?

Llega la hora del crepúsculo. Las farolas toman el relevo del sol. Yo sigo sentado en mi banco pero ya son pocos los que desfilan. Algún rezagado, alguna rezagada, poco más. Cojo mi libreta y me voy. Al salir del parque me vuelvo por un instante a contemplarlo de nuevo. Alguien cierra la puerta de entrada con un candado. Allí quedó solo el santuario. Un paréntesis de naturaleza en el continuo de la ciudad. El lugar por donde mañana volverán a desfilan centenares de modelos.

*Nota del autor: la inspiración hoy no me pilló escribiendo (como quería el poeta), sino en la cama, como me pasa últimamente. Con las edades que uno tiene, cuatro o cinco horas de sueño profundo o casi me son suficientes para sentirme descansado. O al menos para tener la sensación de que estoy descansado. Me veo perdiendo el tiempo si sigo en la cama. Después de rumiar lo que acabo de escribir durante un buen rato, más de media hora, me levanto y lo vuelco en el ordenador. Todo empezó allá por las 3 y media de la mañana. Lo primero fue el flash del título. Fue cocinándose durante unos tres cuartos de hora en mi cabeza. Me levanté y lo volqué al ordenador a partir de las 4 y media de la madrugada. Cierro el ordenador sobre las 5 y media...*